

SERIE

BERGMAN 4

SILENCIOS INCONFESABLES

HJORTH & ROSENFELDT

booket

Michael Hjorth y Hans Rosenfeldt

Silencios inconfesables

Serie Bergman 4

Traducción de Pilar de la Peña Minguell



No sabe qué día es.

Pero no hay clase. Aún va en pijama, y son más de las nueve. Están todos en casa. Oye a Bob Esponja en el salón.

Mamá le pone un bol de yogur en la mesa y le pregunta si se ha lavado las manos cuando ha ido al baño. ¿Quiere un sándwich también? Él niega con la cabeza. Con el yogur es suficiente. De plátano y vainilla. Lo habría tomado con Frosties, pero se los ha comido Fred y sólo quedan Oat Krispies. Aunque eso significa que podrá ver una película en cuanto termine de desayunar, como compensación. Elige ver *Transformers: el lado oscuro de la luna*.

Otra vez.

Suena el timbre.

«¿Quién demonios será a estas horas de la mañana?», se pregunta mamá camino de la puerta.

Él no está pendiente de mamá cuando ella agarra el pomo y abre.

Después oye una fuerte explosión y como si alguien se desplomara en el pasillo.

Se sobresalta y, sin querer, salpica de yogur toda la mesa. Papá grita angustiada desde el dormitorio. Aún no se había levantado, pero de pronto se lo oye cruzar deprisa el descansillo.

Entonces aparece alguien en la puerta de la cocina.

Con un arma.

Ahora eran dos.

Ella era dos personas distintas.

Una por fuera y otra por dentro.

Por fuera, aún se movía.

A regañadientes, pero decidida. Lo que le habían enseñado en el colegio, que uno no debía moverse cuando se perdía, contradecía su impulso de huir.

¿Se había perdido?

La verdad era que no sabía dónde estaba, pero sí adónde iba. Se aseguró de que aún oía los coches que pasaban por la carretera. Podía volver a ella. Caminar por ella. Escondarse si venía alguien. Seguir andando hasta alguna señal, comprobar que iba en la dirección correcta y adentrarse de nuevo en el bosque. De modo que no se había perdido. No había razón para que no se moviera. Luego sintió frío, un frío húmedo y cortante que la convenció de que era mejor continuar. Tenía menos frío cuando estaba en movimiento. Y menos hambre. Por eso siguió andando.

Por dentro, estaba completamente inmóvil.

Había corrido un rato. Tanto por dentro como por fuera. Sin rumbo. Ya no recordaba de qué huía, ni conocía el lugar al que había llegado. No era un sitio, ni una estancia, sino más bien... una sensación, quizá.

No lo sabía. Pero ella seguía allí, y aquello estaba vacío y ella estaba inmóvil.

Ella estaba vacía y aquello estaba inmóvil.

Silencio.

Eso parecía lo más importante. Mientras guardara silencio, estaría a salvo. En aquel sitio que no era un sitio, iluminado sin luz. Donde ningún color le recordaba los colores que sus despiertos ojos seguían viendo en el mundo exterior. Abierta, pero cerrada a todo. Salvo a esa sensación de seguridad. Que desaparecería junto con el silencio. Tenía ese presentimiento. Las palabras la delatarían. Las palabras derrumbarían los muros que ella no veía, volverían a hacerlo todo real otra vez. Dejarían entrar las cosas terribles que aguardaban allí fuera.

Las explosiones, los gritos, ese líquido rojo y caliente, el miedo. Sus palabras y las de todos los demás.

Por dentro, estaba quieta y en silencio.

Por fuera, debía seguir avanzando.

Ir adonde nadie pudiera encontrarla. Adonde nadie quisiera hablar con ella. El exterior debía proteger al interior.

Sabía adónde ir.

Había un lugar del que les habían hablado, del que les habían advertido. Un lugar en el que, cuando entrabas, ya nunca te encontraban. Nunca jamás. Eso les habían dicho. Nadie la encontraría.

Por fuera, se estrechó aún más la fina y poco apropiada cazadora alrededor del cuerpo y apretó el paso.

Por dentro, se hizo un ovillo, se encogió cada vez más, con la esperanza de desaparecer del todo.

Anna Eriksson esperaba sentada en el coche a la entrada del edificio de apartamentos de color amarillo pálido.

Vanja llegaba tarde, algo muy inusual. Supuso que era otra de las formas en que su hija había decidido manifestar su desencanto durante los últimos meses.

Lo peor era que ya no llamaba.

Anna lo aceptaba. Lo entendía y, en el fondo, pensaba que lo merecía. Además, tampoco habían tenido nunca una de esas relaciones entre madre e hija de largas conversaciones telefónicas.

Valdemar, en cambio... A él le dolía muchísimo el distanciamiento de Vanja, y a causa de ello se había transformado en una sombra de sí mismo, más que del cáncer, de hecho. No paraba de hablar de su hija y de la verdad que jamás debían haberle ocultado. Tendrían que haber actuado de otro modo. Había engañado a la muerte para descubrir después una vida llena de pesar y remordimiento. También para Anna la situación era difícil, por supuesto, pero ella lo llevaba mejor. Siempre había sido más fuerte que su marido.

Hacía ya más de un mes que a Valdemar le habían dado el alta, pero no conseguía sacarlo del apartamento. Su organismo parecía haber aceptado sin problemas el nuevo riñón, pero Valdemar no aceptaba su nuevo mundo. Un mundo sin Vanja. Lo rechazaba todo.

A Anna. A los pocos compañeros que seguían en contacto con él, pese a lo que había hecho. Al número de amigos aún menor que llamaba cada vez menos.

Ni siquiera parecía importarle ya la investigación policial en curso. Las acusaciones de evasión de impuestos y fraude fiscal eran graves, pero palidecían al lado de lo que le había hecho pasar a Vanja.

Ella se había abalanzado furiosa sobre él. Había sido horrible. Los gritos, las peleas, las lágrimas. Ninguno de los dos la había visto nunca así.

Tan enfadada.

Tan dolida.

La cantinela era siempre la misma: ¿cómo podían haberle hecho eso? ¿Qué clase de padres harían algo así? ¿Qué clase de personas eran?

Anna lo entendía. Se habría sentido exactamente igual en su lugar. Las preguntas de su hija eran lógicas y comprensibles. Eran las respuestas lo que a Anna no le gustaba.

En efecto, ella era la clase de madre que haría algo así.

En varias ocasiones, durante las peores trifulcas, había estado a punto de decir: «¿Quieres saber quién es tu padre? ¿De verdad quieres saberlo?». Pero se había mordido la lengua, no había querido contárselo, se había convencido de que era irrelevante.

No porque quisiera proteger a Sebastian Bergman; sabía bien lo que él buscaba. Se proponía colarse en su vida, reclamar un derecho que no le correspondía, como el cobrador de morosos empeñado en cobrar algo que nadie le debe en realidad.

Sebastian nunca había ejercido de padre de Vanja. Valdemar había desempeñado ese papel lo mejor que había sabido todos los días. Independientemente de lo que dijeran los informes clínicos que Vanja había ido aireando con tanta rabia. Lo único bueno era que Sebastian no podía aprovecharse de la situación. Como Anna, era presa de la mentira. Si le contaba a Vanja que sabía la verdad desde hacía tiempo pero que no le había dicho nada, quedaría patente que la había decepcionado, igual que Anna y Valdemar.

Lo odiaría a él también.

Lo apartaría de su vida.

Él lo sabía. Había llamado a Anna varias veces en las últimas semanas, casi suplicándole que lo ayudase a encontrar un modo de contarle la verdad a su hija. Anna se negaba. No iba a permitir que se la arrebatara a Valdemar. Jamás. Ésa era una de las pocas cosas que tenía claras; todo lo demás era un lío tremendo.

Pero ese día iba a empezar a recuperar el control de la situación. Ese día iba a dar el primer paso para arreglar las cosas. Tenía un plan.

Se abrió el portal y Vanja salió por fin, con las manos hundidas en los bolsillos, los hombros caídos. Estaba ojerosa y se la veía agotada, exhausta; parecía que hubiese envejecido un par de años en los últimos meses. Mientras cruzaba la calle, se echó hacia atrás el pelo lacio y sucio. Anna ordenó sus ideas, inspiró hondo y bajó del coche.

—Hola, cariño, ¡cuánto me alegro de que hayas podido venir! —la saludó procurando sonar lo más optimista posible.

—¿Qué quieres? —fue la respuesta de su hija—. Estoy muy ocupada.

Llevaban tres semanas sin hablar, y el tono de su hija le pareció algo menos seco, aunque quizá eran imaginaciones suyas.

—Quiero enseñarte una cosa —le dijo tímidamente.

—¿Qué?

—Ven, te lo explico por el camino.

Vanja la miró con recelo. Anna sabía que cuanto más rato estuvieran allí más probable era que su hija accediera a irse con ella. Lo había aprendido con todas aquellas discusiones: de nada servía atacarla, ni acorralarla para que hiciera algo. Si quería que Vanja subiese al coche, tendría que decidirlo ella, sin enfrentamientos.

—Merece la pena, ya verás —insistió Anna.

Tras meditarlo un instante, la joven asintió y subió al coche sin mediar palabra.

Anna hizo lo mismo y salieron de allí. Cuando llegaron a la gasolinera que había junto al Freeport, rompió el silencio y cometió el primer error.

—Valdemar te manda muchos besos. Te echa mucho de menos.

—Yo también echo de menos a mi padre. Al de verdad —replicó Vanja.

—Me tiene muy preocupada.

—La culpa es vuestra —espetó su hija—. No soy yo la que ha estado mintiendo toda la vida.

Anna sabía que estaban a punto de discutir otra vez. No habría costado nada. El enfado de Vanja era comprensible, pero su madre necesitaba que entendiera el daño que estaba haciendo a los que la querían de verdad, a los que siempre la habían apoyado, a los que siempre habían estado pendientes de ella. Habían mentido para protegerla, no para fastidiarla. Presentía que su hija esperaba una excusa para estallar, así que procuró suavizar las cosas.

—Lo sé, lo sé. Lo siento, no quiero discutir, en serio. Hoy, no...

Vanja pareció aceptar el alto al fuego temporal y prosiguieron el viaje en silencio, por Valhallavägen, rumbo al oeste, hacia Norrtull.

—¿Adónde vamos? —preguntó una vez pasado Stallmästargården.

—Ya te he dicho que quiero enseñarte una cosa.

—¿El qué? —Anna no contestó enseguida y Vanja se volvió a mirarla—. Me has dicho que me lo contarías por el camino, así que empieza.

Su madre inspiró hondo sin apartar la vista de la carretera y del tráfico.

—Te llevo a ver a tu padre.

—Ya puede entrar, señor. Casi hemos terminado.

Erik Flodin alzó la vista hacia la casa grande de dos plantas pintada de blanco en cuyo porche se encontraba Fabian Hellström, el técnico forense que había viajado con él desde Karlstad.

Le hizo un gesto con la mano para que supiera que lo había oído y se volvió de nuevo a contemplar el campo abierto que se extendía delante de él.

Era un lugar hermoso. El césped fresco llegaba hasta el muro de piedra y, al otro lado, había un prado que esperaba el estallido de la primavera. Las coníferas de hoja perenne competían con el delicado verdor de los árboles de hoja caduca, que ya lucían sus primeros brotes. Un águila planeó en las alturas sobre el campo abierto, rompiendo el silencio con su lastimero graznido.

Se preguntó si debía llamar a Pia antes de entrar. De todos modos, se enteraría de lo ocurrido, y se sentiría desolada. Aquello iba a afectar a todo el municipio.

El suyo.

Pero, si la llamaba, empezaría a hacerle preguntas. Querría saber más. Querría saberlo todo, cuando, en realidad, él sólo sabía lo que le habían contado sus compañeros al llegar. Así que ¿para qué llamarla? Para nada.

Pia tendría que esperar, decidió. Echó un último vistazo al recinto de arena para juegos infantiles. Restos del aguacero del fin de semana en un camión de plástico amarillo. Una pala, un Transformer cubierto de arena y dos dinosaurios.

Suspiró y se encaminó hacia la casa y las víctimas.

Fredrika Fransson, que esperaba junto al coche patrulla, se unió a él. Había sido la primera en llegar al escenario, y lo había informado de inmediato. Ya habían trabajado juntos, cuando a él lo habían ascendido a inspector con responsabilidades especiales en Karlstad. Una buena agente, concienzuda y comprometida. Era casi veinte centímetros más baja que él, que medía uno ochenta y cinco, pero pesaba al menos diez kilos más de los setenta y ocho de Erik. Era más fácil saltar por encima de ella que rodearla, solía decir uno de sus compañeros más perversos. Ella jamás se había pronunciado sobre su peso, ni sobre ninguna otra cosa, la verdad. No era muy habladora.

Le pareció oler la pólvora cuando llegó al porche y vio a la primera víctima. No era posible, claro. Y lo sabía. Tras un examen rápido de las víctimas, el patólogo forense le había dado una estimación del momento de la muerte: hacía unas veinticuatro horas. Aunque la puerta de la casa hubiera estado abierta —y, al parecer, no lo estaba cuando la vecina de nueve años se había acercado a buscar a alguien con quien jugar—, había pasado demasiado tiempo para que ningún olor residual permaneciera en el aire.

Antes de entrar en la casa, Erik se cubrió los zapatos con protectores y se enfundó unos guantes blancos de látex. Apartó los amentos de sauce adornados de coloridos huevos de Pascua dispuestos en un jarrón grande al lado del zapatero y se arrodilló junto al cadáver de una mujer, tendida boca arriba en el tosco suelo de piedra. La primera de las cuatro víctimas.

Cuatro muertos.

Dos niños.

Una familia.

Aún no los habían identificado oficialmente, pero se sabía que Karin y Emil Carlsten eran los dueños de esa casa, donde vivían con sus dos hijos, Georg y Fred, por lo que a Erik le habría sorprendido mucho que la mujer no fuese Karin Carlsten.

A veces, cuando hablaba con compañeros de Estocolmo y de Gotemburgo, o incluso de Karlstad, les extrañaba que no conociese a todos los habitantes de Torsby. Él era de allí, ¿verdad? ¿No era un poblacho perdido en medio del bosque? Erik se limitaba a suspirar, hastiado. Vivían casi doce mil personas en el municipio, cuatro mil sólo en el centro. ¿Conocía alguien de Estocolmo a cuatro mil personas? No.

Él no había conocido a los Carlsten, pero le sonaba haber oído ese apellido... ¿en relación con un asunto policial reciente?

—¿Conoces a los Carlsten? —le preguntó a Fredrika, que aún estaba en la terraza, calzándose con cierta dificultad los protectores.

—No.

—Creo recordar que estuvieron en comisaría el invierno pasado.

—Es posible.

—¿Podrías comprobarlo, por favor?

Fredrika asintió, se quitó el único protector de plástico azul que había logrado calzarse y volvió al coche. Erik se centró en la mujer de treinta y cinco años y pelo castaño que yacía en el suelo.

Tenía un orificio en el pecho de casi diez centímetros de diámetro. Demasiado grande para ser de pistola o de rifle, más bien parecía de una escopeta de doble cañón. La cantidad de sangre del suelo indicaba que la herida de salida era importante. Supuso que el autor de los hechos había disparado a quemarropa, con el cañón pegado al cuerpo de la mujer. El residuo de pólvora se había quedado atrapado entre la piel y el esternón, y la fuerte presión había hecho trizas la piel y había carbonizado el suéter de punto blanco alrededor del orificio de entrada. La muerte debía de haber sido instantánea.

Miró de nuevo hacia la puerta; la víctima estaba a menos de un metro de ella, como si, al abrirla, le hubieran pegado el arma

al pecho y disparado antes de que pudiera reaccionar. El impacto la había lanzado de espaldas.

El agresor debía de haber pasado por encima de ella para entrar en la casa.

Se levantó e hizo lo mismo.

La primera habitación después del vestíbulo era una cocina grande que, de haber estado la casa en venta, un agente inmobiliario seguramente habría etiquetado como «rústica». Chimenea de ladrillo visto en un rincón. Suelos de pino de calidad a juego con el techo. Una pala de hornear pan y un utensilio de cocina que Erik no identificaba colgaban de la pared sobre un sofá de madera tradicional. Una antigua estufa negra de leña en medio de un montón de electrodomésticos modernos de color blanco.

Los restos del desayuno todavía estaban encima de la mesa grande de pino. Un cuenco de algo que parecía yogur con cereales, Oat Krispies. Una silla volcada. Un niño, de ocho o nueve años, tirado en el suelo. Todavía en pijama.

Era Pascua. No había colegio. Por desgracia, se dijo Erik.

Al mirar al niño de cerca, confirmó su teoría sobre la escopeta. La criatura tenía uno de los brazos prácticamente arrancado de cuajo por el hombro. Perforaciones menores en la garganta y en una mejilla. ¿A qué distancia estaría si el asesino había disparado desde la puerta? ¿Dos metros? ¿Tres? Lo suficiente para que los proyectiles mortales estallaran en el interior. Quizá el niño no hubiera muerto en el acto, pero no había tardado más de un minuto en desangrarse.

¿Luego qué?

Alguien había cruzado corriendo la estancia después de que dispararan al niño. Otro más pequeño. Había huellas de pies en la sangre que rodeaba la silla. Erik miró hacia la habitación que había a continuación de la cocina: un pequeño salón con televisor y reproductor de DVD. ¿El otro niño estaba viendo la tele cuando

oyó los disparos? Tal vez se levantó al oír el primer disparo. Se quedó en el umbral de la cocina y vio caer a su hermano. Luego echó a correr. ¿Hacia dónde? El rastro conducía a la escalera.

¿Por qué no lo mató en la cocina también? ¿Estaba el asesino cargando el arma? Miró al suelo; no vio casquillos. Debía acordarse de preguntar a Fabian si los había recogido él.

—Jan Ceder. —Erik casi dio un respingo cuando Fredrika apareció de pronto a su espalda—. Los Carlsten lo denunciaron en noviembre —prosiguió, sin apartar la vista del niño muerto tirado en el suelo.

—¿Por qué?

—Por violación de la normativa de caza.

—¿Qué clase de violación? —insistió Erik con paciencia.

—Presentaron un vídeo de Ceder con un lobo muerto en su finca.

—Y lo condenaron —afirmó en lugar de preguntar.

—Lo multaron —confirmó Fredrika.

Él asintió para sus adentros. Un cazador. Una escopeta. No demostraba nada, claro, había montones de personas por ahí con armas y permisos de caza, pero era un comienzo.

—Los amenazó el martes pasado.

Erik perdió el hilo de sus pensamientos. ¿Había entendido bien a Fredrika? A veces le costaba seguirla porque ella sólo proporcionaba la información imprescindible, a menudo ni siquiera eso.

—¿Ceder? —preguntó él para asegurarse—. ¿Jan Ceder amenazó a los Carlsten el martes pasado?

Ella dijo que sí con la cabeza, mirando a Erik por primera vez desde que había llegado a la cocina.

—En la entrada de la piscina. Delante de varios testigos.

Erik procesó enseguida la información. ¿Sería así de fácil? ¿Habría alguien tan estúpido? La respuesta a ambas preguntas

era afirmativa. Que aquél fuese un crimen violento y brutal no implicaba que tuviese que ser complejo y cuidadosamente planeado. Más bien al contrario, de hecho.

—Quiero hablar con él —le dijo—. Que vaya alguien a detenerlo.

Fredrika se fue y Erik meditó su decisión mientras seguía las pequeñas pisadas de sangre hacia la escalera.

Una amenaza.

Un cazador.

Una escopeta.

Confiaba en que ésa fuera la solución. Llevaba poco más de dos meses al mando de la Unidad de Delitos Violentos de la policía de Värmland y no le apetecía que le endosaran una investigación complicada. Tampoco a Pia. Ella exigiría una resolución rápida para que el municipio entero pudiera olvidarse del asunto. Seguir adelante.

Las pisadas eran cada vez menos visibles y desaparecían a unos metros de la escalera. Comenzó a subir. Al llegar arriba, encontró un descansillo largo y estrecho con tres puertas, dos abiertas. Echó un vistazo a la de la izquierda: al ver unas literas y los juguetes esparcidos en el suelo supo que era el cuarto de los niños. Enfiló el descansillo hasta el final y se detuvo. Desplomado contra la que supuso que era la puerta del baño estaba Emil. Parecía mayor que Karin, o quizá fuesen las canas. Muerto, claro. Disparo de escopeta, sin duda. En pleno pecho. Se imaginó al hombre saliendo del dormitorio y topándose con el asesino al borde de la escalera.

Miró alrededor. No parecía que Emil Carlsten llevara ninguna arma encima. Debió de oír lo que ocurría abajo, pero salió de su cuarto desarmado. Probablemente no pensaba con claridad. Erik no era capaz de imaginar siquiera cómo reaccionaría él si eso ocurriera en su casa. Si hubieran sido Pia y su hija las de abajo.

Entró en el dormitorio pasando por encima de las piernas del muerto. Una cama de matrimonio dominaba la estancia de al menos dos por dos. La colcha y los cojines estaban en su sitio. Dos mesillas de noche, un tocador con espejo. Una de las paredes estaba completamente ocupada por armarios; las puertas del cuerpo central estaban abiertas de par en par.

El de Karin.

Vestidos, blusas y faldas en las perchas.

Dos piernecitas desnudas sobresalían entre los zapatos. Erik se acercó.

El otro niño estaba sentado al fondo, con una manta en las rodillas. Como si intentara esconderse. ¿Por eso Emil no había llegado más lejos? ¿Su hijo había subido corriendo la escalera y había tratado de esconderlo, de salvarlo?

Si era así, no lo había conseguido.

El asesino lo había encontrado. Debía de haber estado justo donde estaba él en ese momento, a poco más de un metro del niño. Con el cañón del arma aún más cerca. El disparo prácticamente le había arrancado la cabeza a la criatura.

Erik tuvo que apartar la vista. Había visto muchas cosas que los seres humanos eran capaces de hacerse unos a otros, pero aquello...

Los niños. Los pijamas. Esas piernecitas desnudas...

Se sentó en la cama e inspiró hondo varias veces, conteniendo las lágrimas. Encaramado en aquella cama grande, con las lágrimas abrasándole los ojos, juró que atraparía a quien lo hubiera hecho. No recordaba habérselo propuesto tan firmemente nunca, pero esa vez era distinto. Iba a cazar al autor de los hechos.

Costara lo que costase.